

Entrevista a Banachek, el mentalista que engañó a la (mala) ciencia

Luis García, Inma León y Andrés Carmona
ARP-Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico

En el otoño de 2014 pasó por nuestro país el aclamado mentalista Banachek. Tuvo actuaciones en varias ciudades españolas, algunas abiertas al público en general y buena parte de ellas en eventos exclusivamente dirigidos a magos. A pesar de su apretada agenda, con espectáculos casi a diario durante más de un mes, tuvo la gentileza de atendernos antes de su actuación en Madrid para hablarnos de magia, mentalismo y pensamiento crítico.

Steve Shaw (el nombre real tras su conocido apodo) nació en 1960 en Reino Unido, pero se crió entre Sudáfrica y Australia. Tuvo una infancia muy complicada, y nos habló sobre ello en la entrevista, que le acabó llevando a los Estados Unidos a mediados de los 70. Desde que llegó allí empezó a apasionarse por la magia y su salto a la fama llegó unos pocos años más tarde colaborando con James Randi para el Proyecto Alfa.

Dicho Proyecto Alfa fue un montaje. Comenzó en 1979 orquestado por el mago James Randi, con la colaboración de Steve Shaw y Michael Edwards, para desmontar una investigación muy poco rigurosa sobre parapsicología que se llevó a cabo en la Universidad de Washington con un importante apoyo financiero de la compañía aérea McDonnell Douglas. Tanto Steve Shaw como Edwards lograron durante años convencer a los investigadores de que sus poderes eran reales. Usando únicamente la mente (supuestamente, claro) doblaban todo tipo de utensilios, movían a distancia objetos en cámaras cerradas, trucaban fotografías... En 1981 los laboratorios McDonnell anunciaron que tenían listas las conclusiones de su investigación, pero Randi se adelantó haciendo público cómo habían engañado a los investigadores en decenas de experimentos. También pudimos hablar sobre ello a fondo en la entrevista.

En la actualidad, Banachek es uno de los mentalistas más prestigiosos y galardonados del mundo. Aparte de actuar por todo el mundo y escribir libros sobre magia, es o ha sido asesor en asuntos de magia para clientes de la talla de

James Randi, Penn & Teller, David Blaine, Lance Burton o Criss Angel. Ha sido además durante años el responsable del Reto del Millón de Dólares de la JREF (Fundación Educativa James Randi).

EL ESCÉPTICO: Hola, Sr. Banachek. Gracias por atendernos durante su gira por España. Comencemos por su situación actual. ¿Qué tal está yendo la gira? Usted ya estuvo en España anteriormente, ¿ha descubierto algo nuevo que no conociera?

BANACHEK: En esta gira hacemos 27 actuaciones aquí en España, a veces dos el mismo día: por ejemplo, un espectáculo de magia y luego en otro punto de la misma ciudad una conferencia.

Es interesante ir de ciudad en ciudad, he visto buena parte de España, lugares muy bonitos, edificios antiguos preciosos. Se me ocurre que hace muchísimos años tenía que ser espectacular ir de una ciudad a otra por aquí, con esos castillos enormes, ¡y esas catedrales! Hay que verlas aunque seas ateo.

Nací en Inglaterra, me fui de allí con nueve años, estuve siete en Sudáfrica, luego en Australia. Llevo en los Estados Unidos desde los 16. Ahora tengo 54. En EE. UU. tenemos edificios altos, pero no tan extensos como los de aquí.

El contacto con el público español es muy interesante. He tenido traductores no muy buenos que, en cuanto empezaba la actuación, se daban cuenta de que yo uso mucho la psicología y veían que era más difícil de lo que habían esperado. Pero en Barcelona tuve un traductor simultáneo



(foto: www.banachek.com)

fantástico, buenísimo. Cuando lo hacen bien, esa es la mejor forma, el público se divierte y yo disfruto. Hay gente que me ha dicho que era la primera vez que veía la actuación de un mentalista y quería repetir. Otros sí habían visto algún espectáculo de mentalismo pero me decían que nada parecido. Y no lo digo porque esté hablando con vosotros, lo diría delante de cualquiera: he estado en otros países y no es igual; todas las personas que he conocido aquí en España se han volcado con nosotros, nos han ayudado en todo lo posible: los organizadores de las conferencias, los de los espectáculos, todos. Ha sido fantástico.

En Bilbao y en Madrid ya había estado pero no conocía ninguna de las otras ciudades. Todo ha sido nuevo para mí. A veces soy como un niño. Tengo una hora o dos antes del espectáculo, dejo a mi mujer en el hotel y me voy a dar una vuelta por la ciudad; veo todo lo que puedo, vuelvo y le digo: “tienes que ver esto”. Aunque esté cansada, me la llevo a verlo porque seguramente no vuelva más allí. Y eso lo hago en casi todos los países a los que voy. Europa tiene mucha historia, una historia muy rica. A mí la historia me fascina. En Sudamérica me fascinan los mayas. Y en Europa, los romanos. Porque te fijan en lo que hicieron, los acueductos que atraviesan el paisaje, los edificios que construyeron y ¡caramba! No tenían las herramientas que tenemos ahora y aun así construyeron tantas cosas que siguen en pie. Me resulta increíble.

Este edificio [el del teatro] no va a durar tanto como las catedrales románicas ni nada de eso. Pero probablemente

no lo pretendían. Lo derribarán dentro de un par de años y harán otro. Así son las cosas hoy en día. Ya no se hacen las cosas para que duren; se hacen para que estén, digamos, cincuenta años y luego se cambian.

EE: Sobre su carrera en el mundo escéptico, sabemos que colaboró con Randi desmontando a Popoff, sabemos que es usted el director del *Desafío del Millón de Dólares* de la JREF, pero en España no se conoce tanto el *Proyecto Alfa*, ¿podría describirlo en sus propias palabras?

BA: En los años 70 y 80 Uri Geller era muy famoso. Se dio a conocer sobre todo por algo nuevo: doblar y mover cosas con el poder de la mente. Lo de mover cosas no era tan nuevo, ya se había hecho antes, pero doblar metales sí que era algo muy novedoso, vanguardista, y tuvo mucho éxito en todo el mundo.

Resulta que a mí me abandonaron en Sudáfrica de niño, cuando tenía nueve años, con mis dos hermanos, uno de un año y el otro de tres. Yo los crié hasta que cumplí los quince. Estando aún en Sudáfrica, Uri Geller vino por allí y le oí por la radio, todavía no teníamos televisión. Dijo: “coged cucharas o algo de metal y yo las doblaré a través de la radio”. Mi madre había dejado un costurero cuando se marchó, así que cogí una aguja, me concentré y pensé que se doblaría. Y creí que se había doblado, una pizquita, algo microscópico, pero que se había doblado. Todos los adultos que yo conocía creían en Uri Geller y, si ellos decían que eso era verdad, tenía que serlo.

Me marché de allí para buscar a mi padre biológico,

que se había ido de casa cuando yo tenía un año. Supe que estaba en Australia y me fui allí. Luego nos mudamos a Estados Unidos. Y allí leí el libro de Randi *La verdad sobre Uri Geller*. Randi decía que Geller era un mago, que lo que hacía eran trucos de magia. Me molestó que eso no me lo hubiera contado nunca nadie.

Leyendo el libro descubrí formas de doblar clavos y empecé a hacer mis pinitos, pero fui más allá: empecé a doblar llaves, inventé mi propia técnica para doblar clavos... Había oído —no lo había visto, pero lo había oído decir— que cuando Geller doblaba algo, lo veías doblarse. Pues bien, todo lo que yo doblaba, todo, se veía cómo se doblaba. Hasta muchos años después no vi a Geller; pero en aquel momento lo que hacía era ponerle a alguien una cuchara en la mano y cuando la persona abría la mano, la cuchara estaba doblada. Así que mis doblamientos, y lo digo humildemente, eran mejores que los de Geller. Llegué a ser muy bueno en eso.

Ten en cuenta que, al haber sido un niño abandonado, tenía problemas de adaptación. No era muy sociable. Cuando iba al instituto tenía tres trabajos porque mi familia era muy disfuncional y yo me había ido a vivir de alquiler por mi cuenta. Era el raro. Así que empecé a doblar y a mover cosas, y todos los chicos robaban cubiertos de la cafetería y me los traían para que los doblara. Me expulsaron unos días por lo de los cubiertos, ¡no los robaba pero fui yo quien tuvo problemas! Incluso ideé una forma de hacer que sonara antes la campana del colegio y también me metí en líos por eso.

En fin, llegué a ser tan bueno en esas cosas que le escribí una carta a Randi. Le decía: “si alguna vez necesitas un chaval para engañar a los científicos, creo que yo serviría”. No esperaba respuesta pero recibí una carta de Randi en la que me decía que, si alguna vez iba a New Jersey, fuera a visitarle. Surgió la oportunidad y fui a verle. No me pidió que le hiciera ninguna demostración, lo cual me decepcionó. Semanas después supe que el motivo fue que no quería un aprendiz; quería conocerme, pero no enseñarme nada. Prefería que yo me inventara mis propios trucos. Así, llegado el caso, podría decirles a los científicos: “yo a este chico no le he enseñado nada, lo ha aprendido todo por su cuenta, ¿se imaginan lo que podría haber hecho si le hubiera enseñado yo?”

La oportunidad llegó en 1978 o 79, no recuerdo ahora exactamente. McDonnell Douglas, la empresa aeronáutica, le dio medio millón de dólares a la Universidad de Washington para estudiar lo que llamaban PKMB, [las siglas en inglés de] Doblamiento Psico-Kinético de Metal. Buscaban chicos que doblaran metales. Yo tenía 18 años, pero era

bastante crío. Les escribí y me pidieron que fuera para ver qué sabía hacer. Randi me llamó un par de días después. Me dijo: “hay un tipo en San Luis que da medio millón de dólares para estudiar la psicokinesis”. Le dije que ya me habían aceptado. Él me habló de otro chico al que habían aceptado, que ya estaba allí y que les había dejado impresionados doblando una llave. Se llamaba Mike Edwards. Mike había llamado a Randi para preguntarle qué tenía que hacer. Randi le dijo: “tú sigue, nosotros iremos documentando todo el Proyecto Alfa”. Le pregunté a Randi si podía confiar en Mike y me dijo: “no sé, no le conozco mucho; tú ve e improvisa”.

Me fui a San Luis. Mike y yo llegamos en avión el mismo día, coincidimos en su terminal y salimos juntos. Sabíamos que nos íbamos a divertir. Fue entonces cuando conocí a Peter Phillips. Peter Phillips llevaba un anillo que, según me dijo, le había dado un médico en África y lo llevaba como protección. Empecé a pensar que la cosa sería fácil... o quizá no, alguien puede simplemente tener interés en la parapsicología y llevar un amuleto sin creer en él.

Yo aún no tenía carnet de conducir. Mike sí, pero era demasiado joven para alquilar un coche. Así que Peter Phillips alquiló uno y nos dejó a nosotros el suyo, y le seguimos hacia su casa. Mike conducía y yo iba en el asiento de al lado. Se me ocurrió mirar al asiento de atrás y vi un maletín, qué interesante. Lo cogí y, con cuidado de que Peter no pudiera verme por el retrovisor, abrí las cerraduras. Dentro había cubiertos: cucharas, tenedores, cuchillos. Me puse a doblarlos con las manos. Luego lo cerré y lo dejé de nuevo en el asiento de atrás. Al cabo de un rato abrí la guantera. Allí había llaves. Las doblé y las dejé donde estaban. Mike me miraba con una cara... Fui a coger las llaves del contacto y entonces me pegó en la mano y me dijo: “oye, tío, ya está bien”.

Todas esas cosas las descubriría Peter más adelante, y si no conseguimos doblar nada en el laboratorio, por lo menos aquello le mantendría el interés, le dejaría la esperanza de poder grabarlo algún día. Nuestros primeros doblamientos en el laboratorio fueron microscópicos, porque no sabíamos si tenían falsos espejos para mirarnos, no sabíamos qué veían, qué sabían. Luego, a medida que pasaba el tiempo, empezamos a doblar cosas más grandes, de forma más visible.

Cuando surgió aquello, había dos teorías. La primera era que si no había pruebas de percepción extrasensorial en experimentos hechos con los controles adecuados era porque no había dinero para financiarlos, algo de lo que esos científicos llevaban años lamentándose. Bueno, no hay duda de que el problema no era el dinero sino el sesgo:

Randi decía que Geller era un mago, que lo que hacía eran trucos de magia. Me molestó que eso no me lo hubiera contado nunca nadie.



(foto: www.banachek.com)

ellos seguirían creyendo y seguirían tratando de probar su sistema de creencias en lugar de investigar científicamente si aquello era cierto. La segunda era que, como todos tenían doctorados, se creían muy inteligentes y no veían necesario recurrir a personas que, sin tener un título, fueran expertas en ese campo. Y así fue.

Nosotros teníamos nuestras normas. Si alguna vez nos hubiesen preguntado si éramos magos, teníamos que haber dicho que sí y que estábamos trabajando con Randi. Cada vez que hacíamos un experimento, se lo contábamos a Randi por carta o por teléfono y le explicábamos qué habíamos hecho y cómo. Entonces Randi les escribía: “si están ustedes haciendo experimentos, ¿han comprobado tal cosa?, quizá les interese hacer tal otra”. Pero nunca le contestaron ni le preguntaron cómo sabía lo que estaban haciendo, eso no se lo plantearon ni una sola vez. Nosotros nunca tuvimos que descubrirnos y confesar que era un engaño. En todo ese tiempo nadie nos preguntó si éramos magos, jamás. Un portavoz de la McDonnell Douglas llegó a decir que sí nos lo habían preguntado, pero no era cierto.

Poco antes de que todo aquello terminara, cuando ya sabíamos que íbamos a hacer un programa de televisión, hubo un congreso en el que estaban aquellos parapsicólogos y también estaba Randi, quien hizo correr dos rumores. Uno era la verdad: que Mike Edwards y yo estábamos trabajando con él para engañar a aquellos científicos. El otro era que nosotros tres y algunos científicos estábamos trabajando para engañar a todos los demás parapsicólo-

gos. Cuando volvimos, nos contaron que habían oído esos dos chismes y les parecían ridículos, se rieron. Hablaban de ello como rumores, no como hechos. No nos preguntaron si eran ciertos, si trabajábamos con Randi, si éramos magos. No nos investigaron. Si me hubieran investigado a mí, habrían averiguado que en su día afirmé tener poderes paranormales; cuando visité a Randi, me aconsejó que siguiera fingiendo que los tenía. En cuanto a Mike, había salido varias veces en el periódico de su ciudad. Si hubieran indagado, habrían descubierto que era un mago y que había hecho actuaciones de escapismo con una camisa de fuerza. Pero no lo hicieron.

Cuando lo hicimos público y explicamos el engaño, no quisieron hacer declaraciones a ningún medio hasta hablar con nosotros. Uno de los del Mac Lab me llamó, o le llamé yo a él. Me dijo: “he oído rumores de esto y lo otro...” Le pregunté que qué opinaba de ellos. Me respondió: “no pueden ser ciertos, vosotros sois auténticos, chicos”. “Por desgracia, es verdad”, le dije. Empezó a preguntarme: “pero ¿y esto? ¿y esto otro?”, intentando encontrar algo que hubiéramos hecho y que no tuviera más explicación que la paranormal, intentando aferrarse a algo.

EE: Lo cuenta como algo divertido, pero era una cuestión muy seria.

BA: Sí, era algo muy serio. Por ponerlo en su contexto, eran los años de la Guerra Fría, Rusia tenía mucha propaganda sobre gente con poderes paranormales y se estaba invirtiendo mucho dinero en esas cosas. El gobierno de Estados Unidos se gastaba dinero en Stargate y en otras investigaciones de ese tipo. Se estaba malgastando un montón de dinero, y la aparición de Uri Geller hizo que se gastara aún más. Eso es lo que más le critico a Geller: que por su culpa se tirara el dinero en esas cosas en vez de emplearlo para investigaciones realmente científicas. Hay quien dirá que lo que hicimos nosotros, engañar a científicos en nombre de la ciencia, tampoco es ciencia y no está bien, que hicimos mal en gastar dinero en eso. Pero es que, si ellos hubieran actuado como científicos, nos habrían descubierto y no hubiéramos seguido adelante. Nosotros no hicimos nada malo. Hicimos algo necesario. Había más gente metiéndose en esas historias, validándolas con otros grupos. Además de Geller estaba Hasted en Inglaterra, Gerardo en Francia... Había varios convenciendo a la gente de que tenían auténticos poderes. Si no hubiéramos llegado nosotros a formar parte de aquello para desenmascararlos, habrían llegado otros que no hubieran denunciado que aquello era un fraude.

EE: Algunos de esos experimentos parece imposible creérselos; son fáciles de ejecutar por un profesional.

BA: Es gracioso, porque yo lo hacía todo; te sorprenderías. Los mejores trucos son los más sencillos. Por ejemplo, tenían una campana de cristal con un pivote. Puse un rotor en el pivote y lo tapé con un cristal antiestático. Me preguntaron si podía moverlo. Yo siempre decía que sí, fuera lo que fuese. A los pocos segundos estaba girando a la izquierda. Para asegurarse de que no era una corriente de aire, me pidieron que lo hiciera girar hacia la derecha, y así lo hice.

Mike y yo teníamos una clave. Si necesitábamos hablar, uno decía: “oye, tengo sed, ¿vamos a por algo de beber?” En aquel momento Mike me lo dijo. Salimos y, claro, me preguntó “¿cómo lo haces?, es increíble”. Y le respondí: “no te lo vas a creer pero después de tantos años de hacer esto, he descubierto que sí tengo poderes”. “Venga, hom-

bre, cuéntamelo”, insistió él. Se lo conté, volvimos a entrar y él también lo hizo. Eso lo repetimos muchas veces en muchos experimentos distintos.

En uno te dejaban solo en una habitación, te daban un sobre cerrado con grapas y con un dibujo dentro. Luego te enseñaban veinte diapositivas. Entonces tenías que salir y decir: la trece, o el número que pensaras que era. Abrían el sobre, sacaban el dibujo y habíamos acertado. Bueno, fallábamos a veces a propósito, solo queríamos acertar más que lo que correspondería por azar pero no queríamos que sospecharan. Mike me preguntó cómo lo hacía y le expliqué que, cuando me dejaban solo, quitaba las grapas con cuidado, sacaba el dibujo, lo miraba, lo volvía a meter y volvía a poner todas las grapas. Así sabía qué dibujo era y podía decírselo. “¡Ah, genial!”, y entonces Mike ya estaba en el ajo. Pero se me olvidó decirle que yo dejaba las grapas en el cenicero. Él las puso en la silla y sin querer le dio un golpe y se cayó. Como no las encontró todas, lo que hizo fue poner las que pudo y —ahí estuvo rápido— volvió, dijo: “la número siete”, y empezó a abrir el sobre. Le gritaron: “¡no, tú no puedes abrirlo!” Así que les dio a ellos el sobre medio abierto. Desde luego, dijo el número mal porque iban a sospechar de que hubiera empezado a abrir el sobre.

Otra vez dejé abierta la ventana. Por las noches cerraban la puerta con llave. Salimos a las tres de la mañana y volvimos a eso de las cuatro. Yo trepé, entré por la ventana —entonces estaba muy delgado— le abrí a Mike y volví. Vi que había una pisada en la mesa. Tardamos una hora en encontrar algo para limpiarla.

El caso es que doblamos todo lo que allí había. ¡Todo! Había incluso algunas cosas de Tom Richards, entre ellas una maleta a cuyo interior le pude echar un vistazo. Él decía que había espíritus que daban toques en la mesa, y yo siempre me fijaba en que su pie derecho se movía también de modo que tenía que tener allí algún tipo de dispositivo, cuando todos creían que realmente un espíritu daba golpes. Quería hacer muchas cosas conmigo, pero traté de evitarlo. Incluso les dije a los científicos: “mirad la imagen, puede verse cómo mueve los dedos”. También hacía fotografías en *stop-motion*, y tenía acuarios con un candado y posos de café dentro. Los objetos de dentro se movían pero la grabación era siempre en *stop-motion*... El día que nos colamos tenía allí uno de sus acuarios. Abrimos la cerradura, apagamos la cámara, escribimos cosas en los posos de café, lo doblamos todo y cerramos de nuevo el candado. Cerramos la ventana y volvimos al sitio donde estábamos alojados.

Un rato más tarde, sobre las 8 de la mañana, me llamó Peter Phillips y me dijo: “¿Qué tal has dormido?”, le dije: “No demasiado bien”, claro que no, porque estuvimos

hasta tarde en el laboratorio pero añadí: “Anoche tuve un sueño rarísimo. Soñé que llegaba al laboratorio y estaba todo doblado”. Él dijo: “Vale, ya hablamos después, intenta descansar un rato”. Me llama media hora más tarde y me dice “¡Steve! ¡Ha sucedido! ¡Ha sucedido!”, y continuó: “¡Tu sueño se hizo realidad! ¡Todo en el laboratorio estaba doblado!”.

Hicimos bastantes locuras, como esa otra vez en la que participó un psicólogo freudiano llamado Berthold Schwarz, que no formaba parte en realidad del Laboratorio McDonnell pero se lo creía todo. Me dejó una cámara y me dijo: “Hay una dama que afirma poder tomar fotos con su cámara y hacer que luego aparezcan ovnis en el cielo, ¿puedes tú hacer eso?”. Yo siempre decía que sí, así que tomé la cámara, hice varias fotos... al revelar el carrete se vieron imágenes del torso de una mujer, un pezón y un muslo, un bebé naciendo, un retrato de Jesucristo... todo tipo de cosas raras. Ten en cuenta que el tipo era un psicólogo freudiano. Lo que hice fue escupir en el objetivo de la cámara y a medida que iba tomando fotos se iba secando la saliva, de manera que cada foto tenía formas diferentes, como cuando miras a las nubes en el cielo y ves todo tipo de cosas. Lo curioso es que al ver luego las fotos con él, realmente parecía lo que él imaginaba, no era solo su imaginación.

EE: En el *Proyecto Alfa*, después de haber contado la verdad sobre el experimento hubo ciertas discusiones éticas acerca de la metodología empleada.

BA: Es lo que decíamos antes. Algunas personas no consideraban ético engañar a los científicos en nombre de la ciencia. Lo curioso es que un parapsicólogo llamado Trevor Finch dijo incluso: “Si creen que pueden engañar a los parapsicólogos, intenten colar a un mago en el experimento. No se saldrán con la suya”. De forma que nosotros cumplimos lo que él dijo, y en cualquier caso, si por su parte ellos hubieran aplicado correctamente el método científico, nos habrían pillado enseguida. No lo hicieron y no fuimos una excusa para que ellos hicieran mala ciencia y dijeran: “Oh, esos magos, ¡nos engañaron!”.

EE: El *Proyecto Alfa* también demostró que no importa la cantidad de dinero invertida en estudiar algo.

BA: No, no importa. Si comienzas una investigación con un sesgo claro desde el principio, lo único que quieres es documentar lo que ya crees de antemano. No importa la cantidad de dinero cuando tiene relación con este tipo de fenómenos. Que hubieran llevado a Randi o a casi cualquier otro mago. Randi se ofreció en todo momento para que hubiera alguien que supiera cómo analizar estos experimentos, porque los ilusionistas nos especializamos en distintos tipos de magia, de modo que necesitas a alguien

Eran los años de la Guerra Fría, Rusia tenía mucha propaganda sobre gente con poderes paranormales y se estaba invirtiendo mucho dinero en esas cosas.



(foto: www.banachek.com)

que pueda interpretar cierto tipo de magia. Claro, en aquel momento había magos que también creían en Uri Geller, pero porque no tenían la misma especialidad.

EE: Es curioso su interés en desmontar todo tipo de fraudes. ¿Qué le motiva a implicarse de esta manera?

BA: Creo que el origen fue el darme cuenta, tras leer un libro de Randi, que las cosas no siempre son lo que parecen, y esto me intrigaba. Como mentalista, uso mis cinco sentidos y creo la ilusión de un sexto. No es que tenga un sexto sentido, pero creo esa ilusión. Hay algunos mentalistas que pretenden que creas que son psíquicos y se llaman a sí mismos psíquicos. No les gusta el término *mentalista* porque implica estar usando trucos. Cuando empecé en esto, no sabía que había un área especializada de la magia dedicada a este tipo de trucos llamada mentalismo.

EE: Mucha gente no cree que lo que hace un mago sea realmente magia, saben que hay trucos, pero sigue habiendo mucha gente que sí cree que los mentalistas tienen habilidades especiales.

BA: Por eso yo hago una advertencia al principio de cada espectáculo. Siempre le digo a la gente que yo uso mis cinco sentidos para crear la ilusión de un sexto, les digo que no tengo poderes psíquicos. Hay algunos magos que dicen: "No deberías hacer la advertencia, es como si estuvieras representando Macbeth y pararas en mitad de la obra para avisar: de acuerdo, no soy Macbeth y quiero que lo sepan antes de seguir la función". Claro que no, y el ejemplo es estúpido por el contexto, la gente ha ido a ver una obra.

Pero si yo estoy en ese mismo escenario, el que esté haciendo algo no lo hace menos real. Es como si un neurocientífico se sube al escenario y habla sobre el cerebro humano de cosas veraces y tras un rato la gente dice: "Oh, este tipo verdaderamente sabe lo que dice". Si un cirujano empieza a hablar del corazón y todo el mundo entiende lo que dice, entonces no es una obra de ficción. Cuando yo subo al escenario sé que hay gente que no va a creerlo pase lo que pase y diga lo que diga. Pero hay una porción de gente que nunca ha visto este tipo de espectáculos, no saben qué creer. Si yo subo al escenario y digo que todo es real, lo hago desde una posición de autoridad. Lo que diga será verdad para esa gente. Por eso considero importante hacer esa advertencia al principio, y no todos los mentalistas lo hacen.

EE: Entonces considera poco ético dejar que la gente crea que tiene poderes. ¿Cree que debería ser obligatorio?

BA: Yo no soy quién para decirle a la gente lo que debe decir o hacer. Solo puedo decirte lo que yo hago y digo. Que personalmente lo considere más ético no significa que deba ser obligatorio, porque se convertiría en algo así como una dictadura. Creo que debemos responsabilizarnos de nuestras acciones, y si subes a un escenario y tratas de convencer a la gente de que tienes poderes reales, adquieres esa responsabilidad, y si un periodista escribe un reportaje y revela tus trucos, lo tienes merecido. Si al subir al escenario hubieras dicho: "Miren, esto no es real, es una ilusión", entonces nadie tendría motivos para desmontar tus trucos porque todos sabrían que se trata de puro entretenimiento,

igual que con otro tipo de magos.

Igual que si proclamas: “puedo curar a la gente, o hago esto, o lo otro”. Además, si haces eso y revelan tus trucos, puede que estén revelando también alguno de los míos, por lo que me estarías perjudicando como artista y dejaría de asombrar a la gente. Pongo otro ejemplo: en los Estados Unidos tienes el derecho de quemar la bandera, tienes ese derecho pero la responsabilidad de no hacerlo. Mucha gente ha muerto por esa bandera, muchos han hecho cosas geniales por ella, deberías sentirte orgulloso de ese símbolo y por ello no deberías quemarlo. Puedes hacerlo, pero tienes la responsabilidad de no hacerlo porque enfadarías a mucha gente. Esto es igual, tienes que asumir que aparezca un reportaje que desmonte tus mentiras, y en realidad tú mismo te habías expuesto a ello desde el principio haciendo ese tipo de afirmaciones.

EE: En estos últimos años hemos visto bastantes investigaciones con colaboraciones entre magos y neurocientíficos. Por ejemplo, las investigaciones de Susana Martínez-Conde con magos como Apollo Robbins o el propio James Randi. ¿Qué opina de este tipo de colaboración?

BA: Pienso que es genial, pero hay que andar con mucho cuidado. Hay una línea que no debe cruzarse, siempre hay cosas que los magos hacen y no son reales, son solo trucos. El efecto de un movimiento de mano implica esto, lo otro, cómo provocar una distracción... hay cosas muy interesantes y eso es bueno.

EE: Ustedes los magos son expertos en percepción y en desviar la atención.

BA: Sí, pero puede darse el caso de que algún mago, para que suene mejor, pueda mentir en algo al neurocientífico, y que luego este lo ponga en su estudio. He visto algunos ejemplos y he pensado: “Esto no es del todo cierto”. Quizá alguno lo haga por conseguir algo de publicidad, vete a saber. Hay que tener mucho cuidado con estas cosas y no cruzar esa línea; siempre tienes que trabajar con hechos contrastados. No porque un mago te diga algo tienes que pensar que es verdad. La mayoría serán honestos, pero muy de vez en cuando alguien se tomará una pequeña licencia poética. Cuando hablamos de ciencia no puede haber licencias poéticas, deben ser hechos. Es distinto a si estamos hablando con un reportero, como hizo Houdini: “Eh, mira, salté del puente, atravesé el hielo, y tuve que ir bajo la capa respirando en pequeños espacios con aire hasta encontrar la siguiente abertura”. Nunca pasó esto; en realidad, cuando Houdini saltó no había hielo alguno en el río, pero en aquella época no había internet y no se podían

comprobar las cosas como haríamos hoy en día. Los científicos deberían ser muy cuidadosos sobre lo que obtienen de los magos y hacer correctamente sus investigaciones. Si un mago te dice algo, lo miras con detalle, te aseguras de que es verídico y solo después lo pones en tu publicación.

EE: Si un mago accede a participar en un experimento científico, será honesto...

BA: ¿Será honesto, o debería serlo? Son cosas diferentes.

EE: Debería, por supuesto.

BA: Desearía que lo fuera, pero no significa que vaya a ser así. No todo el mundo es honesto, y algunos dicen y hacen cosas solo porque queda bien. Su trabajo es hacer que las cosas parezcan más grandes y mejores de lo que son. Es lo que hacemos los magos, es nuestro trabajo, y a veces podemos olvidarnos cuando hablamos con otra gente de lo que es verdad y lo que no.

EE: Si se aplica el método científico correctamente, se entiende que siempre habrá una doble validación, un rigor.

BA: Ayudará, sí. Cuando doy alguna charla, todo el contenido suele girar en torno a esos pequeños detalles y sutilezas que hacen que la gente piense que algo está pasando cuando realmente no es así. Del mismo modo, cada palabra que yo use puede tener un significado para una persona y otro muy distinto para otra. Se trata siempre de desviar la atención, y es lo que busco todo el tiempo en cada cosa que hago.

EE: ¿Está ahora mismo involucrado en alguna investigación de este tipo? ¿Estaría interesado en ello?

BA: No, ahora mismo no. Podría quizá interesarme. Me encanta la neurociencia, me encanta la ciencia en general, me encanta la psicología... Leo más libros de psicología que de cualquier otra cosa. Leo de todo, soy muy ecléctico. Leo desde novelas de misterio a ciencia ficción, lo que sea. Pero la mayoría de lo que leo son libros y revistas que tienen algo que ver con la psicología.

EE: ¿Qué beneficios cree que podría aportar esa colaboración para usted o sus espectáculos?

BA: Siempre que te involucras en cosas así recibes algo a cambio, porque aprendes. Me encanta aprender, y el conocimiento es poder. Creo firmemente en eso. Me irrita mucho cuando voy a algún lugar, ya sea un restaurante o una cafetería y haces alguna pregunta sencilla sobre su trabajo, algo que quieras saber por curiosidad, el tipo de café que sirven... y no saben responderte. Si yo trabajase allí me gustaría ser el mejor en eso, conocerlo todo. Cuando actúo en un hotel me preocupo por las puertas traseras y ese tipo de cosas. ¿Cómo puedes trabajar en un sitio y no tener interés

Cuando doy alguna charla, todo el contenido suele girar en torno a esos pequeños detalles y sutilezas que hacen que la gente piense que algo está pasando cuando realmente no es así.



Banachek con algunos de nuestros socios.

ni en lo que tienes detrás del mostrador? No entiendo esa forma de ser, yo siempre trato de sacar algún beneficio de esas situaciones.

EE: Quizá como mago, su conocimiento sobre algunas cosas no sea tan sistemático como lo sería si colaborase con algún experimento.

BA: Es interesante lo que planteas, considerando por ejemplo que yo enseñé a otros magos cómo doblar metal. Buena parte de eso es instintivo para mí, pero cuando tengo que incluir esas técnicas en un DVD para la gente, siempre tengo que plantearme por qué lo hago como lo hago, por qué lo sujeto de esta manera o de la otra, qué beneficio obtengo de cada cosa. Casi todas las cosas tienen un sentido que nunca pensé, porque lo hice por instinto. Incluso me pregunto: ¿Puede que esté justificando la forma en la que lo hago? ¿O realmente es la idónea? Con algunos detalles me he dado cuenta de que realmente no los necesito, pero ya se han convertido en hábitos.

Os voy a poner un ejemplo. Hago duplicación de imágenes, en ocasiones con un gato. Yo sé de antemano que la persona ha elegido un gato (no voy a decirles cómo lo sé, pero lo sé), aunque nadie sabe que yo tengo esa información. Me coloco espalda contra espalda y le digo: “Adelante, comience a dibujar”. Solo esa persona sabe que va a dibujar un gato. Al poco tiempo le digo: “¡Quieto! ¿Ha dibujado un círculo o parte de un círculo?” El público entonces piensa: “Podría haber elegido cualquier cosa, y haberlo dibujado de cualquier manera, pero él sabe que

empezaría con un círculo”. Le pido que continúe, y mi siguiente pregunta no es si ha dibujado dos triángulos, sino: “¿Dos triángulos significan algo para usted?”. Enseguida la persona piensa en las orejas y responde que sí, aunque quizá no lo haya dibujado todavía, pero la percepción para el público es que ha dibujado un círculo y después dos orejas. Entonces digo: “De acuerdo, siga dibujando y avise cuando haya terminado”. Esto mete cierta prisa a la persona que está dibujando, que corre para terminar rápido. Antes de terminar le digo: “¿Olvidaste ponerle una boca?” Y casi siempre lo han olvidado, porque siempre suelen empezar por la cabeza, cuento hasta cinco para confirmarlo diciendo “círculo”, continúan, cuento hasta cinco de nuevo y digo “dos triángulos significan...” y con eso les llevo del interior al exterior de la cabeza y normalmente continúan con el cuerpo e incluso la cola, pero olvidan completar la boca. Al reírse con mi recordatorio final, el público se asombra de nuevo y piensa: “Supo que había una boca y supo que se había olvidado”. Es el tipo de psicología que uso constantemente en mis espectáculos. Desviar la atención de la gente a otros lugares u otras cosas.

EE: Muchas gracias por todo, ha sido muy amable.

BA: ¡Gracias a vosotros!

Web: <http://www.banachek.com/>

Facebook: <https://www.facebook.com/Banachek?fref=ts>

Twitter: <https://twitter.com/Banachek>